

quiera? El mismo que el de la tradicion oral y el del testimonio de la historia: es decir, probar que en el tiempo en que fué erigido era universalmente reputado como cierto y pasaba por constante el hecho que atestigua. Si pues como ya hemos hecho ver, es imposible que la creencia de un acontecimiento público y notable, pero falso é imaginario, se establezca entre los contemporáneos; lo es por consiguiente que los contemporáneos erijan un monumento con el fin de perpetuar la memoria de un suceso caprichosamente fingido. ¿No sería exponerse á la irrisión pública el construir un monumento para patentizar un hecho que nadie cree y del que jamas se ha oido hablar? ¿Dónde se ha visto un ejemplo de semejante locura?"

318. „Seria todavía mas absurdo suponer que un pueblo ha cambiado repentinamente sus leyes, sus costumbres, su creencia y su lenguaje sin ninguna razon, y solo á consecuencia de un súbito delirio. Se sabe mui bien cuan grande es la fuerza que adquieren en todas las naciones los hábitos contraidos desde la infancia, la resistencia que han experimentado los legisladores y conquistadores cuando han querido tocar á los antiguos usos de un pueblo cualquiera. Se necesita una causa poderosa para obrar una revolucion semejante: si es debida pues á un hecho célebre, ella le servirá de testimonio y probará su existencia hasta el fin de los siglos."

349. Resumiré en dos palabras todas estas reflexiones. Es tan imposible dudar de un hecho que consta por la tradicion oral, por el testimonio de muchos historiadores, por los monumentos, por los efec-

tos que ha producido, y llevado al mas alto punto de certidumbre moral, como de una demostracion geométrica. Se ha reputado como pasatiempo el proyecto de un crítico que pretendió probar con razonamientos que la conquista de las Galias por César, era una fábula, pues que nunca este romano habia pasado los Alpes." (1)

CAPITULO SEGUNDO.

De la exacta deducción.

350. Todos los hechos que pasan así dentro como fuera de nosotros mismos y á cuyo conocimiento llegamos por el sentido íntimo, la relacion de los sentidos y el testimonio de los hombres, son sin duda alguna los primitivos é indispensables elementos del saber humano. Sea cual fuere el sistema metafísico que se adopte para explicar los fenómenos de la inteligencia, nos vemos en la precisa indispensable alternativa de admitir los hechos como el principio fundamental del saber, ó de ignorar profundamente el verdadero origen y el carácter esencial de las ciencias. Las que llevan el nombre de naturales se apoyan en el testimonio de los sentidos; las metafísicas morales y políticas no existieran sin el sentido intimo y el testimonio de los hombres; la religion misma que ha bajado del cielo, que encierra misterios incomprensibles á la razon y hace girar nuestro espíritu por una esfera infinita, la religion

(1) *Bergier. Ibid.*

habló primero á los sentidos con el espectáculo de sus portentos, apeló al testimonio humano con la imponente serie de sus leyes divinas y de sus tradiciones venerables, y ha dejado á la conciencia ó al sentido íntimo, el vario depósito de las esperanzas y los temores, de los gozes puros de la virtud y de las agitaciones crueles y los remordimientos penosos del vicio.

351. Está estribando pues en los hechos el edificio todo de las ciencias, y por consiguiente los intereses mas preciosos de todo el género humano. Mas pudiendo suceder como de facto acontece, que se perviertan las impresiones de los sentidos, se vicie la voz de la conciencia, se abuse de la tradicion, de la historia y de los monumentos, era preciso que hubiese reglas seguras para conocer con certidumbre la existencia de los hechos, so pena de aventurar constantemente los intereses de la virtud y desproveer al hombre de toda luz y de todo apoyo en los difíciles senderos de la vida.

352. He aqui por que nunca faltan recursos intelectuales á la recta sinceridad del verdadero filósofo, y por qué se cuenta siempre con ese criterio infalible de que hemos hablado en el capítulo anterior, y el cual nos guia constantemente, en nuestras mas difíciles investigaciones, haciéndonos distinguir lo verdadero de lo falso, favoreciéndonos con la luz de la evidencia, llamándonos á la posesion de la certidumbre, ó deteniéndonos cautamente en los grados diversos de una mera probabilidad.

353. Si pues todo se funda en hechos cuya certidumbre puede fijarse sin dificultad alguna, ¿cómo explicar esa diversidad prodigiosa de opiniones sobre

los puntos mas sencillos, ese conflicto perdurable de disputas sobre los objetos méos controvertibles, esos caprichos mil de la inteligencia que tanto humillan la historia del espíritu humano, esos errores sin cuento con que tropieza de continuo el erudito al recorrer las páginas de la historia? Largo seria, prolijo en extremo, comprometernos al presente en la difícil investigacion de las causas que han podido pervertir la razon y estrechar de tal modo el círculo de la verdad. Dejando aparte las preocupaciones del pueblo, la torpeza intelectual que cubre á las masas, las diversas pasiones que guian la pluma del historiador ó del filósofo, y aun las propensiones mas inocentes, que insensiblemente inspiran el amor de la gloria, (por que no nos proponemos hablar á los que se complacen en el error, sino á los que buscan sinceramente la verdad;) podemos asignar por única ó principal causa de estos extravíos la falta de exactitud en la deduccion.

354. En efecto, si la deduccion es exacta y el hecho cierto, la consecuencia debe ser verdadera, y útiles y provechosas sus aplicaciones; y por una razon contraria, si la deduccion es inexacta la consecuencia será falsa ó simplemente probable, y sus aplicaciones positivamente ruinosas, ó por lo ménos superfluas. Siguiendo pues el plan que nos hemos propuesto, hablaremos con toda la brevedad posible sobre la exacta deduccion, puesto que de ella y de la verdad de los hechos penden los buenos resultados de nuestros pensamientos y de nuestras acciones.

355. Se ha dicho y con verdad que las ciencias son ciertos conocimientos deducidos de los pri-

meros principios; mas al fijar estos y al extender aquellos, se ha incurrido en exageraciones diversas cuyo resultado comun es el conflicto de las disputas, el caos de las conjeturas y el embrollo de las opiniones. Unos han admitido sin exámen lo que hasta ellos ha llegado con el carácter de principios, otros han levantado al rango de estos diferentes hipótesis, otros finalmente, llevados de la fecundidad de su entendimiento, han traspasado con mucho los términos de una exacta deducción. Los primeros creen que los principios no están sujetos á exámen; los segundos juzgan que deben llevar aquel nombre las hipótesis que sirven para explicar fácilmente los fenómenos físicos, intelectuales y morales; los terceros, por último, juzgan que el discurso no debe contenerse en sus deducciones, por mas que la naturaleza de las cosas, los límites de la razon y los obstáculos diferentes que tienden á limitar la serie de las consecuencias, la exciten cautamente á detenerse hasta cierto punto. Para manifestar pues metódicamente las reglas mas necesarias en materia de deducción, hablaremos en primer lugar, de lo que debe practicarse al establecer los principios; en segundo, de lo que ha de hacerse al fijar y reunir las consecuencias; y en tercero, de lo que ha de observarse á tiempo de verificar las aplicaciones.

ARTICULO PRIMERO.

De los principios.

356. Si hubiésemos de detenernos en la etimología del nombre cuando se trata de lo que llama-

mos *principios*, parece que ellos excluyen cualquiera investigación ulterior: porque principio es lo primero, el punto de partida, mas allá del cual se cree no debe haber otra cosa. Así el principio de la duración es el primer instante de la existencia, instante del cual no puede pasarse, por que mas allá de él solo se encuentra la nada. Pero si bien se reflexiona sobre este punto, debemos prescindir de la etimología del nombre, y atender únicamente á la sustancia de las cosas. Estas palabras *principio* y *término* tienen una significación mui relativa; pues nada mas comun que figurar como principios y como término unas mismas verdades. En efecto, la suma de verdades que recogemos en el estudio de las ciencias metafísicas, como la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, son los principios de las ciencias morales: las verdades que en estas adquirimos, por medio de una exacta deducción vienen á transformarse en principios, cuando seguimos sus consecuencias en el orden político, y procedemos al dificultoso cálculo de la conveniencia pública en las situaciones mas comprometidas de la sociedad. Estas reflexiones sencillas, cuya exactitud está garantizada por la experiencia que tenemos atesorada en el curso de nuestros estudios y de nuestras investigaciones, nos bastan para reconocer que los principios, lo mismo que todo, están sujetos á exámen, y aunque no puede decirse sin gravísimo error que el entendimiento los cria; puede y debe confesarse que la razon los reconoce y profesa, mediante el uso de una deducción exacta.

357. Mas á pesar de este orden progresivo que nos hace ver los principios ya como los primeros elemen-

tos, ya como las verdades adquiridas en el estudio de una ciencia, tienen sin embargo caracteres distintivos, y se hallan tan marcados, que no pueden ni deben confundirse con todas las verdades parciales y de un orden secundario, que se deben á las investigaciones humanas. Una cosa es no admitir un principio sin exámen, y otra cosa mui diversa tener como principio cualquiera verdad que se reconozca y examine. Para no incurrir por lo mismo en errores de esta clase, conviene fijar el carácter de los principios, hacer ver el modo con que se fijan y establecen, y combatir los abusos que se cometen de ordinario al hacer la exposicion de ellos.

PUNTO PRIMERO.

Carácter de los principios.

358. Un principio es una verdad, y no una creacion del entendimiento, una verdad accesible á todas las inteligencias, una verdad capital, una verdad general. Es una verdad, por que de otra manera no podria ser el fundamento de nada; una verdad accesible, por que teniendo los conocimientos una relacion inmediata con la suerte de todo el género humano, es preciso que todos la comprendan, pues la vocacion de la felicidad, cuyos medios de adquisicion son inseparables de los principios de nuestra conducta, no es el patrimonio exclusivo de un corto número de talentos; es una verdad capital, por que un principio, como su mismo nombre lo indica, es un punto de procedencia para otras verdades parciales; y es por

último una verdad general, pues cuando se habla de principios, se habla con relacion á toda una ciencia, y bajo este respecto debe abrazar elementalmente cuantas verdades y consecuencias en ella se comprendan.

359. Siendo los principios otras tantas verdades, subsisten con independencian de nuestras conjeturas, tienen una existencia real y positiva, y para decirlo en una sola palabra, presentan una conformidad absoluta entre nuestros juicios y las cosas. No pueden por lo mismo merecer el nombre de principios esas hipótesis diversas que los grandes genios suelen fingir para explicar los fenómenos de la naturaleza, ó las vicisitudes diversas de la sociedad. Una hipótesis cualquiera, por mui feliz que sea y mui apropiada que se halle para las mas fáciles explicaciones, siempre será una hipótesis; y mientras no se reconozca en ella su existencia real y positiva, tampoco debe reputarse como un principio.

360. Una verdad, cualquiera que sea, siempre que necesite de tal aparato científico para ser entendida, que mui pocos puedan alcanzarla, servirá de regla para tal ó cual procedimiento, pero no se la podrá colocar entre los principios de una ciencia. Tal sucede con algunas deducciones del cálculo, fecundas en resultados, origen de varios descubrimientos y fuente perenne de importantes aplicaciones á las artes. Son y deben ser reglas seguras; mas desprovistas de aquella luz que á poca costa las deja ver aun de los entendimientos comunes, parece que no deben colocarse en la esfera de los principios. Tienen estos algo de vulgar en su conocimiento, pues los que se hallan convencidos de algunas verdades, parece que no

apelan á los principios, sino para hallar en la razon comun, una confirmacion de sus ideas contra la obstinacion y pertinacia de la razon individual.

361. Un principio siempre es una verdad generadora, que abre la serie de otras muchas verdades, y funda un sistema de conocimientos. No necesito de saber otra cosa que la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, para ir discurrendo por toda la serie de sus consecuencias, hasta quedar entendido en la existencia de la lei natural; y bien sólidamente apoyan esta asersion los impulsos que recibieron las ciencias filosóficas bajo la eminente razon de los filósofos gentiles. Platon y Marco Tulio, no hicieron mas que fecundar esas dos primitivas verdades; y sus excelentes tratados de filosofia moral giran sobre ellas como una esfera sobre sus ejes. Nada importa por lo mismo que la existencia de Dios y la inmortalidad del alma puedan considerarse como el término de los estudios metafísicos y estén sujetas por lo mismo al método de la demostracion: pues ellas son el fundamento de otras ciencias, se reconocen por todo el mundo, tienen una existencia real, y reunen todos los caracteres que deben buscarse en los principios.

362. Por lo que acaba de decirse, se viene en conocimiento de que un principio es así mismo una verdad capital, y tan fecunda, que no se limita ciertamente á un orden parcial de ideas y raciocinios, sino que sirve de primer eslabon á toda la cadena de verdades comprendidas en una ciencia. Mas no siempre sucede que esta penda de un solo principio; por que de ordinario son varios los que sirven como de elementos constitutivos de ella: circunstancia que

á primera vista menoscaba notablemente la extension de un principio, pero que bien examinada nos persuadimos de que este, no por concurrir con otros á formar el cimiento de un edificio científico, pierde su carácter de general y deja de influir en toda la extension de la ciencia. Hemos dicho que un principio debe ser una verdad general; pero no nos hemos avanzado á sostener que sea tambien una verdad exclusivamente generadora de todos los conocimientos de un ramo. Para dar alguna mas claridad á este concepto, podremos servirnos de un ejemplo mui sencillo: veamos tres proposiciones de las cuales las dos primeras producen ó engendran la tercera: primera, *los avaros no están contentos con las riquezas que poseen*: segunda, *el que no está contento con lo que posee, es un ser infeliz*: tercera, *los avaros son pues unos seres infelices*. En este ejemplo se ve claramente cómo dos verdades engendran una tercera sin perder su generalidad, ni ser tampoco exclusivas. Baste lo expuesto para fijar el sentido que damos á esta palabra *general*, cuya significacion abusiva ha producido tantos errores entre los metafísicos,

PUNTO SEGUNDO.

Del modo con que se fijan y establecen los principios.

363. Es un punto acordado entre todos los filósofos, que los hombres han raciocinado ántes que hubiese Lógica, han hablado ántes que se formase Gramática alguna, se han conducido segun el orden de la naturaleza, ántes que los sabios coordinasen sus

leyes para crear el Cálculo y la Física; y valiéndonos de la frase de un escritor del siglo pasado, han sido filósofos ántes de pensar en serlo. Nada más natural: las necesidades diversas que nos precisan á egercitar nuestras facultades físicas, intelectuales y morales, preexisten al cultivo de los conocimientos, vinieron al mundo juntamente con el hombre, y parecen inseparables de su naturaleza, y de su ser. Que ellas le hubiesen acompañado aun en el estado de inocencia, ó que deban mirarse como los primeros efectos de su prevaricación, nada importa: por que ya se sabe que el pecado fué casi la primera produccion del espíritu humano.

364. Siendo pues las necesidades el primero y mas poderoso aliciente del espíritu y del cuerpo, deben suponerse dos cosas: primera, que el hombre desde el principio de su existencia, y como por un impulso instintivo, se movió desde luego á buscar los medios de satisfacerlas: segundo, que estos medios han debido ser siempre obvios y fáciles, por que de otra manera, léjos de haber podido progresar el género humano, todos ó los mas de sus miembros habrian sido víctimas de su torpeza intelectual; y habria podido sospecharse en el Autor de la naturaleza cierta especie de inconsecuencia entre su obra y sus designios, supuesta la dificultad suma de los medios para realizar estos designios, que por otra parte debian ser uniformes con las necesidades de la especie humana.

355. Siendo las necesidades urgentes, indispensable la accion humana para satisfacerlas, y fáciles los medios de alcanzar este resultado, solo nos resta descubrir los varios objetos de estas necesidades, para colum-

brar los primeros elementos del saber humano. Sin entrar en el orden generador de ellas, y por tanto, de los pensamientos y de las acciones, ya se deja entender que el triple objeto de estas necesidades era el hacer propicio al Autor de la naturaleza, atender á la conservacion del individuo y gozar los beneficios de la sociedad. He aquí una triple fuente de pensamientos y de acciones, que debieron preceder á la formacion de las ciencias. Las necesidades diversas impulsaron la accion intelectual y física; esta doble accion fijó la mente en los hechos; los efectos inmediatos de estos hechos, fáciles por otra parte de percibir, produjeron cierta clase de nociones; y como estas partian de objetos comunes y generales, como las necesidades del hombre, vinieron á ser unas verdades generales, accesibles, fecundas, hijas de la observacion, y efectos de las primeras necesidades.

366. Como los hombres llegaron á ellas sin particular estudio, designio fijo, ni afan de ningun género, y como por otra parte no se proponian mas que satisfacer sus necesidades, tampoco llegaron á apercibirse del camino que anduvo su razon para llegar á fijarlas; y tanto esta circunstancia como el carácter tradicional con que largo tiempo fueron pasando, les dieron en el concepto de los inteligentes cierta especie de origen innato. Las tuvieron como preexistentes á la observacion y al raciocinio, y largo tiempo se tuvo como un absurdo sujetarlas al exámen y disputar sobre ellas. Otra causa contribuyó no poco á prolongar este error entre los sabios. Los que descubrieron nuevas verdades, creyeron aumentar su gloria literaria, ocultando los verdaderos procedimien-

tos de las ciencias; por que así se acreditaban de mas penetrantes y entendidos, y podia pasar todo como una produccion de su ingenio, sin substraer de sus obras ni aun aquellos conocimientos tradicionales que han debido las ciencias á las primeras observaciones del hombre. Sea de esto lo que fuere, el tiempo lo ha puesto en claro todo, el análisis ha llevado su luz hasta las mas recónditas edades de la filosofía; y nadie duda hoi que la particular observacion de los hechos intelectuales, morales y físicos, ha guiado la razon de los sabios hasta el punto de reconocer y multiplicar los verdaderos principios de las ciencias. Sin detenernos pues en las edades tenebrosas en que la sofistería sistemática cerraba todos los recursos á la fácil y recta accion de la inteligencia, veamos propiamente cómo pueden y deben fijarse los principios.

367. Observando lo que pasa, ya dentro ya fuera de nosotros mismos, reconocemos una multitud de hechos, como ya se ha dicho. Tratando de hallar la parte filosófica de estos hechos, vemos que ciertos efectos corresponden á ciertas causas; mas esta vista no siempre es igualmente clara: unas veces lo es tanto, que no nos es dado dilatar un instante nuestro asenso; otras llegamos á persuadirnos firmemente de una verdad, pero despues de haber pasado por una serie de racionios; otras, por último, buscamos la semejanza en los hechos, para deducirla en sus efectos y causas; mas como no hemos partido de una perfecta identidad, tampoco podemos quedar con una plena certidumbre.

* A lo primero llamamos *evidencia inmediata*; á lo segundo, *evidencia inductiva*, á lo tercero, *analogía*. Observemos pues estas tres cosas, pues son de ordi-

[nario los medios de que nos servimos, tanto para reconocer como para fijar los principios.

PARRAFO PRIMERO.

De la evidencia inmediata

368. Entre los muchos objetos que se ofrecen á nuestros sentidos, ó que afectan interiormente nuestro entendimiento, hai unos que á primera vista descubren con tanta claridad su existencia y sus íntimas relaciones, que cautivan inmediatamente nuestro asenso, en términos que seria inútil empresa la de mantener hácia ellos cualquiera especie de perplejidad. Tal sucede por ejemplo con nuestra existencia, el sentimiento de nuestras afecciones internas, la presencia de un objeto que hiere todos nuestros sentidos, el anuncio de ciertas verdades incontestables que se dejan comprender desde luego. En todos casos el alma percibe con tal claridad el objeto, que ni se le encubre ninguna de sus partes, ni puede confundirlo con objeto ninguno; esto es lo que se llama *evidencia*. Cuando esta percepcion clara y distinta de las cosas y de sus relaciones, sigue inmediatamente á su manifestacion, la evidencia es inmediata; y cuando no llega sino despues de algunos racionios y mediante el trabajo intelectual, es inductiva.

369. Hablando pues de la primera, es fácil concebir que de ningun modo puede empeñarnos en error sobre los objetos que representa y sus relaciones naturales. ¿Por qué? por que si nos empeñara

en error, fallaria el supuesto de una percepcion clara y distinta. Percibir clara y distintamente una cosa, es percibirla como es en si; y afirmar lo que así se ha percibido, es afirmar la verdad. Luego, ó no hai evidencia, ó su inmediato é indispensable efecto es el conocimiento de la verdad.

370. Hemos dicho que los principios están al alcance de la inteligencia comun, y se descubren y comprenden por el fácil uso de la razon; pues que todos ó la mayor parte, atendido su objeto, afectan de un modo mas ó ménos directo á los intereses de la especie humana. De aquí resulta que una parte considerable de ellos serán debidos á las relaciones de la evidencia: por que si se nos ha dado la facultad de percibir á primera vista clara y distintamente la existencia y relaciones de alguna cosa, este noble privilegio debe tener un objeto general; y este objeto no puede ser otro, que el de facilitarnos la inyeccion de los conocimientos ménos fáciles, con la luz de las verdades mas accesibles y evidentes.

PARRAFO SEGUNDO.

De la evidencia inductiva.

371. Como se ha visto, esta consiste en la clara y distinta percepcion de las cosas y sus relaciones, mediante la aplicacion del discurso á una serie de verdades intermedias, que es necesario comprender para adquirir la percepcion de que se trata. Con esta clase de evidencia se comprenden cierto género

«Noemi, las guerras de Nabucodonosor y las victorias del Rei Ciro, consignadas por Berroso, escritor «caldeo: cita en fin, diferentes excesos de la nacion «judía, referidos por los escritores griegos. Este mismo Josefo, en varios lugares de los libros de las antigüedades, y señaladamente en el último capítulo del «libro V y en el undécimo del libro X, cita los historiadores de las otras naciones, como testigos de los «acontecimientos particulares que se refieren en las «escrituras judaís.

476. „Tan peculiares á la historia judía son los «caracteres que en ella se mencionan, que ningun «pueblo antiguo puede hallarse, al cual parezcan «venir en un grado tan alto y en tan crecido número. Si no pudiéramos, pues, sin rehusar nuestro «asenso á toda fe histórica, desechar, por ejemplo, «la historia de los romanos, á pesar de que son in«cuestionablemente menores sus caracteres de verdad; «con cuanta ménos razon reduciríamos á duda el «origen verdadero de la existencia, de la antigüedad «y de los acontecimientos de la nacion judía, cuando «lo vemos apoyado en pruebas de autenticidad mucho «mas fuertes que las que tienen á su favor las historias primitivas de las otras naciones antiguas.” (1)

PUNTO SEGUNDO.

Moises es el Legislador de los Judíos y el autor del Pentateuco.

477. Acabamos de probar, y á nuestro juicio

(1) *Obra y cap. citados..*

evidentemente, la existencia y antigüedad de la nacion judía, verdad que sirve de basa fundamental á todas las pruebas que convencen plenamente al entendimiento sobre la autenticidad, verdad y divinidad de los Libros santos. La nacion judía tiene como todas cierto número de caracteres que apoyan y fundan las decisiones de la crítica sobre el valor intrínseco del testimonio humano. Ella se nos presenta bajo el carácter de una multitud inmensa de hombres, que ha venido atravesando por todas las épocas del tiempo, desde el principio del mundo hasta la época actual. En esta multitud hai, como en cualquiera otra, inclinaciones diversas, pasiones mui variadas, tendencias contradictorias, intereses exclusivos y particulares. En este pueblo encontramos, como en todos, varias especies de cambios mas ó ménos notables, pero siempre de la mas grande publicidad, que se han ido verificando en el curso de los siglos. Contemporáneo de la creacion, el Pueblo judío ha presenciado todas las vicisitudes del género humano: ascendiente único de todas las familias dispersas que fuéron á dar existencia y nombre á todos los Estados antiguos, ha tenido con ellos todo género de relaciones: prisionera de Faraon, ha sufrido la influencia del poder extranjero sobre los pueblos vencidos; habitante del desierto, ha podido recogerse profundamente á repasar sus tradiciones, á ordenar sus conocimientos y á examinar los principios de las legislaciones extrañas. Testigo de los prodigios que precedieron á la publicacion de su lei, objeto de las seducciones degradantes é ignominiosas, pero tenaces y terribles de los sentidos y la carne, no puede decirse extraño á ningun género de division en las opinio-

nes y en la conducta. Si pues el simple carácter de multitud imposibilita en lo absoluto cualquiera combinacion en favor de una impostura, sea cual fuere el pueblo que se suponga; si solo el ascendiente irresistible de la verdad es capaz de producir el acuerdo simultáneo de toda una nacion; debemos convenir á vista de lo expuesto, que ninguna entre todas reúne derechos mas incontestables á la conviccion del género humano sobre los hechos que afirma de consuno, que la nacion judía. Recuérdese lo que dejamos dicho en la disertacion precedente sobre el crédito que merece un testimonio de esta naturaleza, y se convendrá desde luego, en que Moises fué juntamente Legislador de los judíos y autor del Pentateuco.

478. La fama pública de todo un pueblo, sin exceptuar uno solo de sus individuos, esa tradicion acrisolada en todas las pruebas, victoriosa en todas las disputas, reconocida y respetada en todos los siglos, continuada sin interrupcion desde los tiempos de Moises hasta hoy, es una prueba incontestable de que Moises se presentó en su época con el carácter de gefe y cronista del pueblo de Dios.

479. Un cisma dividió á los samaritanos de los judíos; mas á pesar de la enemistad encarnizada que reinó entre unos y otros, no hubo entre ellos la mas ligera division sobre el punto de que tratamos; pues así los primeros, como los segundos, están de acuerdo en reconocer á Moises como Legislador de los judíos y autor del Pentateuco.

480. En tercer lugar, otro pueblo que cuenta ya 19 siglos de antigüedad y que forma sin duda mas de dos terceras partes del género humano, el pueblo